

San Alberto Hurtado S.I

LA VIDA DE ORACIÓN. CHARLA A LA FRATERNIDAD DEL HOGAR DE CRISTO

Nada puede hacerse sin la vida de oración. Un alma no puede llegar a la cima de la santidad si no ora. Dios no puede penetrar en el alma, si nosotros no tratamos de buscarlo.

El Espíritu Santo es el Medianero entre la vida del Padre y del Hijo. Invoquemos al Espíritu Santo en nuestras dudas, en nuestras dificultades, que Él sea nuestra luz. Todo lo que hay de agrado en esta vida, como las entretenciones, las riquezas, etc., son bolitas de jabón que se deshacen, al lado de nuestra unión con Dios.

¿Qué es la oración? Es la conversación del Hijo con su Padre. El Padre escucha al Hijo, es el Hijo que habla; yo, como otro Cristo, tomo los labios de Cristo; si me arrodillo, son las rodillas de Cristo; todo mi ser imita a Cristo en su esencia. El que ora no es un vulgar cualquiera, es el Hijo, es Cristo el que habla a su Padre.

Desde el día del Bautismo, yo no vivo, es Cristo que vive en mí (cf. Gal 2,20); pues la gracia bautismal me ha transformado, Dios me ha dado su propia naturaleza. La grandeza mayor de mi vida es que Dios me ha dado a mí el [llegar a] ser hijo de Dios (cf. 1Jn 3,1). Como el fierro se funde al fuego y se hace fuego, yo vivo en Dios y la vida divina vive en mí. Dios se me da a mí, para alumbrar mi alma, con más intensidad; su presencia es más activa cada día mientras más lo dejamos penetrar. Ejemplo: mientras más abrimos la puerta de un cuarto oscuro (nuestra alma), más claridad penetra en ella, y reconocemos más y más nuestras imperfecciones, y éstas se nos van haciendo motivo de falta a los ojos de Dios, y por lo mismo tratamos de corregirlas.

La oración es el Hijo que habla con su Padre bajo la moción del Espíritu Santo. Es orgullo cuando nosotros nos creemos demasiado infelices aun si deseamos subir y superar; dejemos que Dios nos llene, nos penetre, a medida de lo que Él determine: "Señor, lo que hay en mí, Tú lo has puesto". Lo que Él ha puesto en mí, yo lo amo, lo reconozco. El Señor quiere dejar correr el cauce, así es que no debemos poner obstáculos a la gracia: "Señor, Tú eres todo, fuente de todo bien; si en mí hay algo grande es que Tú lo has puesto en mí". Entregue el pasado a Dios y también el futuro.

"No me buscarías –dice el Señor– si no me hubieras encontrado". La santidad es dejarse tomar por Él, diciendo: "Es Cristo el que vive en mí" (Gal 2,20). Cuando nos sintamos a oscuras y no viene la luz, [es] porque uno no busca a Dios.

La búsqueda de Dios, pp. 237-238 s47y21

